

A Andrea, nuestra hermana querida,  
que hace entre nosotros las veces de madre,  
la gracia y la paz de Jesús, el Señor,  
toda nuestra fortaleza, toda nuestra esperanza,

Fué el mismo Señor quien me sugirió quedarme contigo este verano, al ver que <sup>te</sup> alcanzaban más los sufrimientos y los dolores. Poner allí la tienda de campaña, para orar y estudiar preparando el evangelio, que hemos de compartir con los sacerdotes, a los que tanto amamos. Pero por tu generosidad has insistido en que me venga a este desierto, esta "soledad sonora", para acercarme a ese conocimiento íntimo del Señor, sin el cual no es posible caminar de cerca a su lado y anunciarle incansablemente con alegría. Ya tengo puesta aquí mi tienda de campaña. Pero continuamente te recuerdo ante el Señor, al ver que Él te conduce hacia las estaciones del vía crucis, como él suele hacer con los hermanos a los que más ama. Por eso te pongo hoy unas letras, continuando nuestras conversaciones en la mesa, en donde compartimos como verdaderos hermanos, para tener un corazón y un alma, como el Señor nos sugiere y nos regala. Son unas palabras sencillas, nacidas de la oración, para continuar conversando cuando volvamos a vernos.

Muchas veces te he oído, cómo en los ratos de oración que pasas al lado del Señor, descubriste un día, que quien se parece más al Padre es precisamente el patriarca Abraham, cuando va a entregar a su hijo a la muerte. "Toma a tu hijo único, al que más... y ofrécelo allí en holocausto". Tu amor a Jesús, el Señor, se te ha visto limunido por la experiencia de la Santísima Trinidad, en cuya compañía vives y caminas. Ha sido el Padre, el que nos ha entregado a su Hijo amado, en el aliento del Espíritu Santo. "Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo". Y el apóstol se atreve a decir: "El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a regalar en gracia todo con El?" El mayor gesto de amor que hemos conocido ha sido la entrega que el Padre hizo de su Hijo amado, en el madero de la Cruz, en la llama de amor viva del Espíritu. Y es que dar muerte a un hijo, como tu muchas veces comentas, es muchos más amor que cuando el padre mismo muere. Los hijos son más íntimos a los padres, que ellos mismos. Son sus entrañas, su mismo corazón. Darles muerte es abrancarse la última hondura de su vida, para entregarla y ofrecerla.

Cuando tu te viniste con nosotros, viniste por una llamada del Señor, que continuaba aquella llamada de la primera hora cuando El te dijo: "EXTIENDE MI REINO". Dejaste la ciudad, la casa, las hermanas, las comodidades, las seguridades y te aventuraste a una salida a la intemperie para trabajar por el evangelio. "Que el Señor sea conocido, amado y seguido". Te traías en el corazón, junto con esta llamada, dos amores muy hondos, que alcanzaban la última intimidad de tu vida: los sacerdotes y las hermanas angélicas. Han pasado ya muchos años. Tu has trabajado con amor incansable. Y cuando se ama y

se trabaja así aparecen las marcas de la cruz en el cuerpo. Vamos entrando al camino del calvario. Y a veces, no encontramos realizados los deseos mas vivos que llevabamos en el corazón. ¿Donde está ese puñado pequeño de hermanas angélicas, por las que tu tanto pides, inspirada por el Señor? Mas aun, ¿donde está la compañía de las otras hermanas? Y ¿cómo continuar ayudando a los sacerdotes, cuando empiezan a faltar las fuerzas? Y si todos tenemos que marcharnos a otro lugar y a otras tareas, cuando el Señor nos hace preparar la mochila para una marcha insospechada? Y a esto se unen los dolores, tan agudos y permanentes. Pues, cuando no hay dolores, los sufrimientos se hacen mas llevaderos. Pero, cuando hay dolores, los sufrimientos se gravan mas en el corazón. ¿Qué querrá el Señor? ¿Cómo hacer en este momento? Parece que ha caido la noche en el camino. No vemos por donde hemos de avanzar. Y por dentro nos vemos no solo pequeños y trastos, sino grandísimos pecadores. Oscuridad por fuera y por dentro. Y en plena soledad. A solas con el Señor, sin tener a quien dirigir la mirada mas que a El, pues el camino del evangelio nos ha hecho experimentar no solo el rechazo, sino incluso en ocasiones la persecución. Al verte caminar y sufrir así, me vengo cada semana a esta tienda, llevando en mi tus dolores y esperanzas. Y al ponerlas en manos del Señor, encuentro una luz viva, que quisiera contarse.

El misterio pascual de la cruz gloriosa del Señor ilumina vivamente este travesía que estamos haciendo. Es hora, como le pasó a Abraham, de dar muerte a los hijos. Pero, ¿cómo es posible que el Señor le diera a su hijo y luego se lo pidiera? Porque quería que su hijo fuera del Señor mas que suyo, que fuera enteramente del Señor. Que Abraham se apropiara de el, para que fuera solo del Señor y de esta manera

fuera la bendición de la promesa para todos los pueblos. Algo así nos sucede a nosotros, cuando avanzamos ~~al~~ lado de Jesús en el viacrucis. Tenemos que arrancarnos del corazón y poner en sus manos, a los hermanos mas ~~amados~~, que están mas dentro de nosotros, que nosotros mismos. Son nuestros hermanos y a veces hasta nos parece que son nuestros hijos. Pero ¿no nos los dió el Señor?. Sí, nos los dió. Pero al acogerlos, nos hemos apropiado de ellos, los hemos hecho una propiedad personal. Por eso nos desasosiegan y nos quitan la libertad y la paz. Así no les ayudamos a que sean enteramente del Señor y, siendo del Señor, puedan estar y servir donde el Señor los quiere. ¿qué gesto de confianza al que El tiene con nosotros al invitarnos al gesto de Abrahami. Nos pide que pasemos a sus manos a nuestros hermanos, a los que mas queremos, para que sean enteramente de El. El los ama mas, el los conoce mas. Solo El en realidad los conoce. Solo en sus manos está la misión y el servicio que El les va a confiar. Pues nosotros, como el viejo patriarca, hemos de salir al monte de madrugada, para hacer en manos del Señor, sobre la mesa del altar, el sacrificio de holocausto de todas nuestras preocupaciones e inquietudes por los hermanos mas amados, que nos parecen necesarios para estos sueños tan vivos, que tenemos en el fondo del alma de extender el reino del Señor. "Alargó Abraham la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo". Este es el gesto que el Señor nos sugiere, Y no es tan difícil como parece. Pues El nos sostiene para ~~entrarnos~~ a su voluntad de amor, que va mas allá de donde nosotros nos atrevemos a pedir y a sospechar.

Cuando hablamos de estas conversaciones, tu sueles decir también que en el viejo relato del sacrificio de Abraham

es Isaac, quien mas se parece a Jesús, que fué llevado como cordero al matadero. Tu recuerdas el gran amor que tenía el P. Nieto a esta contemplación del Hijo, como "cordero de Dios" El Hijo del amor ha sido entregado en el madero de los criminales como el último de los siervos, para ser allí entronizado como Rey, el rey de reyes y señor de los señores. "El ha sido herido por nuestras rebeldías y molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz y con sus heridas hemos sido curados. Todos nosotros andabamos errantes, como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido y él se humilló y no abrió la boca, como cordero llevado al matadero".

¡Cuántas horas pasas tu contemplando al Señor en la cruz al lado de la mesa! El es el Hijo que se dejó entregar del Padre y de los hermanos. Suspendido entre el cielo y la tierra, "el mismo se entregó a si mismo", "por nosotros", "por nuestros pecados". Se comprende bien, que cuando puso definitivamente la mesa de su reino fué en su cruz gloriosa. En verdad él fué poniéndola por los caminos, cuando anunciaba el evangelio, curaba las heridas de los pobres y trabajaba por la justicia, pero cuando la puso definitivamente fué entre sus manos heridas, encendidas de amor. Reinó desde el madero. Allí nos amó hasta el extremo. Inclinando la cabeza entregó el Espíritu. Y de su costado salió sangre y agua. Ya tenemos la mesa, ya podemos hacer el corro, ya se ha abierto el camino, hacia la última mesa en el corazón del Padre, en la pascua eterna, fiesta interminable.

6

Nosotros ahora vamos estando ya marcados por las marcas del dolor y avanzamos por las estaciones del viacrucis. La pasión de amor por el trabajo, en favor del reino del Señor, pudiera despreciarnos un poco. El gesto de la cruz, es mas grande que el gesto de los caminos. Sus manos heridas, llevan a la planitud sus manos abiertas. Por eso no debemos inquietarnos, si no podemos trabajar como antes, de la mañana a la noche, de acá para allá. Bien se ese deseo tuyo de llenarte del Señor y salir corriendo por el mundo, para pregonar el evangelio y que "todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad". Cuando nos llega el viacrucis, no es que abandonemos este camino, sino que lo recorremos mas deprisa y llegamos mas lejos. Cuando el Señor tuvo los pies enclavados, recorrió el universo. Cuando tuvo las manos heridas, abrazó a todos los hombres. Cuando sus labios no podían hablar, pregonó el evangelio hasta los confines de la tierra y de los siglos. Cuando su corazón fué transpasado, apareció el manantial inagotable, el hogar ancho, para todos los desgraciados y todos los afligidos. Por tanto hemos de alegrarnos cuando nos aproximamos al monte calvario. A la sombra de la cruz, en el aliento del Espíritu Santo, que es el mismo en El y en nosotros, pasarnos a esas manos heridas y ardientes, a su bendita voluntad, para darnos juntamente con El, hasta la muerte y muerte de cruz. Así acabaremos aceptando con paz y gozo la inmovilidad, la inutilidad, la insignificancia, el oscurecimiento, incluso el abandono y el olvido. Estaremos cerca del que nos amó y el será nuestra única suficiencia y nuestra entera buena venturanza.

Como ves, en este camino, que emprendemos de la mano de Jesús El nos regala un gesto de amor, como el gesto mayor del Padre, que fué entregar a su Hijo y como el gesto mayor suyo, que fué entregarse a si mismo a la muerte. Pero como El mismo Señor te conduce a la experiencia viva de la Santísima Tráñi dad, seguro que te <sup>havía</sup> comprender que en este camino del cal vario, <sup>también</sup> encontrarás, lo que tantas veces has pedido: el don de la humildad, expresión extremada del don del Espíritu Santo. Desde pequeña tu madre te enseñó a amar con cariño tierno y vivo al corazón adorable del Señor. Y seguro que recuer das aquellas palabras. "Venid a mi todos los que estais can sados y agobiados que yo os aliviré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprendid de mi, que soy manso y humilde de corazón. Y encontrareis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es ligera". Lo que se esconde en el co razón del Señor, que arde en la llama del Espíritu, es la misma humildad y la misma mansedumbre. El se vuelve al Padre con las manos abiertas y vacias, como siervo obediente, en la unidad del Espíritu santo. "Padre, aquí estoy por ellos". Y des pués se vuelve a nosotros, con las manos vacias y abiertas, con su humildad convertida en mansedumbre, ese amor dulce y paciente, que todo lo cree, que todo lo espera, que todo lo soporta y que permanece soportando. Bien conozco tu dolor de amor, porque el Amor no es amado y por ello los hermanos, inclu so los apóstoles se pierden en la noche. "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". Pero estas lágrimas se hacen lágrimas de paz, cuando el Señor nos va concediendo las otras dos bienaventuranzas, que van delante

El nos hará "pobres de corazón", es decir humildes, con su misma humildad y así podremos ser "mansos", sufridos, pacientes, llenos de dulzura y de comprensión, esperanza viva de los pequeños, presencia alentadora de sus sendas difíciles en esta noche, amaneciente a su día insospechado. No hay que tener ~~nos~~ miedo, ni a las sombras de fuera, ni a las de dentro. Todo será inñendiado y encendido por su luz, la luz ardiente de la claridad de su rostro, en el que se deja ver el rostro del Padre, con la claridad cegadora su su Amor, pasado a su Hijo y por El a nosotros, para que por nosotros sea bienaventuranza de todos los hombres, de todas las criaturas y de todos los siglos.

~~Estamos en buen camino. La mesa del Señor, su cuerpo entregado y su sangre derramada, que tu enloquecidamente amas, es nuestro centro y nuestra cumbre, es nuestro arranque y nuestro término, nuestro latido y nuestra raíz, nuestro único sosten y nuestro único destino. Apegados a su mesa, a su palabra y a su cuerpo, día y noche. Junto a El, una oración sencilla no solo de confianza, sino de abandono, no solo de abandono, sino de alabanza y de acción de gracias. Como tu tantas veces repites: "Señor tu todo lo haces bien". Y por ello podemos cantar con saltos de alegría. Improvisando la letra y la música de nuestros cantos. Aunque nadie venga a la casa parroquial, aunque las hermanas no encuentren camino para acompañarte, aunque los curas, tengan que andar un poco más descalzos por los caminos. Pero esta oración sencilla, nos debe llevar a vivir en fraternidad íntima. Hay un puñado pequeño de hermanos, que nos sentimos unidos vivamente en el camino de la misión. Poco a poco nos vamos escuchando y acogiendo. Así <sup>ser</sup> esta empezando ya a' realidad aquella palabra de la prime-~~

9

mera hora. "Todo lo tenían en común". "Tenían un solo corazón y una sola alma". Pero al tiempo que unimos la oración y fraternidad, debemos de tener gestos de acogida y servicio a los hermanos, mas pequeños que el Señor nos ha regalado en el camino. Gestos gratuitos, aunque no recibamos nada e incluso podamos recibir golpes y desprecios. Ellos también están haciendo el viacrucis y son compañeros nuestros en el camino. Estas tres pequeñas experiencias vivas, que se encienden una con la otra, nos van a conducir de manos del Señor, a pasar nos a la "voluntad del Padre eterno", que es nuestro supremo deseo. Recuerda aquella palabra de S. Juan de la Cruz. "Quedem y olvideme. El rostro recliné sobre el Amado. Cesó todo y dejeme, dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado".

Hasta el viernes. A mediodía compartimos la mesa y por la tarde podemos acoger a Javier y Martitère, que se prepara para su matrimonio en el Señor. Ya te contaré cuando haya de un pequeño encuentro que tendremos el domingo por la tarde para ayudar un poco a Martín, que es uno de esos hermanos pequeños, que el Señor nos ha regalado. Ya se que Josemaría te visita todos los días y compartís vuestros caminos de seguimiento de Jesús. Así vamos ahondando la fraternidad que el mismo Señor ha creado, está transfigurando y llevará a término. No dejes de llamar a las hermanas a ver que tal vinieron de ejercicios. Y da a Angelines un saludo de paz en el Señor. Muchas alegría y esperanza, que el Señor está muy cerca de nosotros y nos ama mucho. Que nos acompañe siempre su paz.

Marcelino